

Los tres deseos

Federico no tenía un buen carácter que se pueda decir, siempre llegaba a su casa malhumorado y refunfuñando.

Un día llegó y encontró a su esposa sentada en la cocina. La expresión de su rostro no era habitual, se podría decir que era muy extraña.

En su regazo descansaba una carta arrugada.

"¿Qué tienes?" preguntó Federico de mala manera.

"Entra y cierra la puerta. No vas a oír lo que te voy a decir. Hemos recibido una carta de tus tías, dicen que nos van a brindar tres deseos".

El cogió entonces la carta en un movimiento de arrebató y empezó a leerla detenidamente.

"Debemos sacarla al máximo beneficio a toda costa, Magda. No debemos actuar con premura. Son tres deseos que nos pueden cambiar la vida: fama, riqueza o poder. Sin embargo, debemos pedir solo lo que necesitaremos".

Magda saltó de su asiento y dijo:

"Ya tengo preparada una lista".

«Mira: una mansión para mí, una corona lujosa para ti. También voy a pedir belleza y larga vida. Podríamos pedir que una reina nos hiciera su casa, y oro, y joyas...

Estaba tanta tiempo preparando la lista que no ha tenido tiempo ni de hacer la corona".

"¿Qué has dicho? ¿Cómo que no hay
cena? ¿Cómo crees que tardaré
decisiones importantes si tengo mi
estómago vacío? No ha de ser mucho
pedir una comida decente. Desearía
haber encontrado cuanta mierda abga
en la mesa" dijo Federico en un tono
muy irritado.

El silencio que siguió a la
reclamación de Federico, fue roto por
un extraño zumbido.

Se escuchaba igual que el sonido que
hacen las hadas al volar y, de pronto,
¡plap!, sobre la mesa apareció de pronto
una cena succubenta. Guisante, recién
preparada y expeña un aroma
delicioso. Federico no lo podía creer!

Si embargo Magda, quien era un poco
más lista, le golpeó con un pan en la
cabeza y le dijo:

"¡Desperdiciaste un queso! ¡Te pusiste de tanto! Mantén la boca cerrada, si se debe hacer algo, yo lo haré, eres demasiado torpe, me haces enfurecer. ¡Después que esas sutchichas de la carne te colgaran de la punta de nariz!"

Una vez más el ruido mágico se dejó escuchar y, de pronto, ¡plop!, las sutchichas saltaron desde el plato de la mesa y se engancharon fuertemente en la nariz de Federico.

Entre los dos empezaron a tirar de las sutchichas. Lo hicieron con todas sus fuerzas, pero todo esfuerzo fue en vano.

"¡Están muy calientes! ¡Quédalas quietas! Las voy a cortar con un..."

"Deja quieta ese cochillo! ¿Cómo pudiste hacerme esto?" = exclamó Federico mientras horaba.

Las salchichas estaban muy bien adheridas a su nariz. En ese momento, se escuchó que alguien estaba tocando a la puerta. Federico y Magda se miraron el uno al otro.

"No vayas a burlarte! ¿Acaso quieres que todo el barrio se entere de que tienes unas salchichas pegadas en la nariz?" = dijo Magda.

"¿Entonces qué sugieras que haga? No quiero pasar el resto de mi vida escondido... ¡Ay! Acaba de percutarme de lo bien que me sentía cuando tenía una nariz normal! ¿Desearía nunca estuvieramos peleando?" = exclamó Federico.

"Fierres toda la razón... ¡ha estado
mucho!" dijo Magda.

"Tranquila querida, no ha sido culpa
tuya, desearía que las hadas se
hubieran guardado sus cosas, de esa
forma todo sería igual que antes"
dijo Federico.

"Sí, es verdad" respondió Magda.

En ese momento se escuchó una vez
más se escuchó el zumbido mágico,
esta vez acompañado por lo que parecía
ser las risas de las hadas y, de pronto,
¡plopt!, se desprendieron las satchichas
que tenía Federico adheridas a su
nariz.

Federico y Magda se besaron
tiernamente y se dieron un abrazo que
se convirtió en un maravilloso bote
que extendieron por toda la cocina.

Y así, finalmente, entenderán que no hay que ser avariciosos con aquellas oportunidades que nos da la vida. La humildad y la sencillez siempre serán unas buenas pautas que conserven la felicidad, tanto de uno mismo como la de aquellas personas a las que amas.